

El fantasma de Sartre en Cuba

Duanel Díaz

El centenario del nacimiento de Jean Paul Sartre, cuya conmemoración ha renovado el interés por su figura y legado en los medios académicos y periodísticos de Occidente, brindó una buena ocasión para recordar la visita del filósofo a Cuba en 1960 y su trayectoria como *fellow traveler* hasta 1971. Invitado por el gobierno cuando la joven revolución encabezada por Fidel Castro atraía sobre la isla las miradas cómplices de la *intelligentsia* progresista de todo el mundo, Sartre, entonces en el apogeo de su fama y de su influencia intelectual, fue recibido en Cuba con honores de jefe de estado. Sus opiniones y desplazamientos fueron ampliamente reportados con grandes fotos por el diario *Revolución*, el más leído del momento, al punto de que el filósofo, que no dejó de comparecer en la televisión, era reconocido en la calle por personas que seguramente nunca habían leído una sola línea suya. Carlos Franqui recuerda en sus memorias que una de las comparsas del carnaval habanero cantaba a ritmo de rumba: «Saltre, Simona, un dos tres / Saltre, Simona, echen un pie.»

Sartre y su compañera fueron profundamente conmovidos por aquella entusiasta acogida y, sobre todo, por las transformaciones apreciadas en sus recorridos por la isla, uno de ellos en compañía del propio primer ministro, Fidel Castro. En el tercer tomo de sus memorias Beauvoir cuenta que la pareja reencontró en Cuba «una alegría de vivir que creía perdida para siempre». A diferencia de la argelina, la revolución cubana no se agotaba en el rechazo al opresor; era también gozo, fiesta, efusión popular. Cuando, a su regreso, pasaron por Nueva York, recuerda Beauvoir que esta les pareció, en comparación con La Habana, «triste y casi pobre». Aunque los Estados Unidos seguían siendo «el país más próspero de la tierra» ya no eran, como en 1947, «el que forjaba el porvenir». «Las gentes con que me cruzaba –apuntó– no pertenecían a la vanguardia de la humanidad, sino a una sociedad esclerotizada por «la organización», intoxicada por sus mentiras y que la cortina del dólar aislaba del

mundo: como París en 1945, Nueva York se me aparecía ahora como una Babilonia destronada.»

En *La force des choses* Beauvoir relata con detalle las condiciones de ese cambio de percepción en relación con Norteamérica. Desde sus primeras estancias en ese país a fines de la década del 40, contadas en el reportaje *L'Amérique au jour le jour* (Gallimard, 1954), las cosas habían cambiado drásticamente. Los antiguos aliados en la lucha antifascista eran ahora una de las partes de una «guerra fría» en la que *Les Temps Modernes*, revista fundada en 1945 por Sartre, Beauvoir y Merleau-Ponty, había querido mantener bien una tercera línea, al margen de la política de bloques o, después de la muerte de Stalin, una más clara alineación del lado soviético. Pero ese tenso idilio, que incluyó una visita de Sartre a la URSS en 1954 y condicionó sus célebres rupturas con Camus y con Merleau-Ponty, fue roto por la intervención en Hungría, que el filósofo criticó desde la tribuna de *Les Temps Modernes* en un célebre ensayo publicado en enero de 1957: «El fantasma de Stalin».

Desencantados del socialismo soviético, Sartre y Beauvoir pusieron entonces sus esperanzas en China, sobre la que Beauvoir escribió otro conocido reportaje (*La longue marche*) y se involucraron de lleno en la lucha por la descolonización de Argelia. Sartre comenzó la redacción de lo que sería el primer tomo, y único en publicarse al cabo, de su fundamental *Crítica de la razón dialéctica*. Es en ese contexto que, después de oír hablar de un Castro descrito como «un Robin Hood barbudo», el rápido triunfo de los rebeldes cubanos los sorprende y reconforta. «Envenenado» el aire de Francia por la burguesía gaullista y colonialista, y el de Estados Unidos por el consumismo, Cuba fue para Sartre y Beauvoir un soplo de aire fresco.

En una entrevista concedida a Claude Julien, quien había viajado a Cuba en 1958 para hacer un reportaje sobre los «maquis» tropicales, Beauvoir declaró al regresar a Francia que lo que ocurría en la isla representaba «un camino de «democratización económica no comunista» que atraería la atención de los partidos de izquierda del mundo entero. Sartre celebró por su parte aquella revolución del Tercer Mundo como una triunfante alternativa al modelo soviético del Segundo, una revolución donde, lejos de la burocracia y el dogmatismo, teoría y praxis se acoplaban en perfecta relación dialéctica. Algo de la simbiosis de pensamiento y acción elogiada por él simboliza precisamente una imagen tan emblemática de los tiempos épicos y románti-

cos de la Revolución como la célebre foto de Korda que capta al «Che» Guevara en el momento de alumbrarle el tabaco obsequiado al viejo filósofo de fealdad socrática, ambos sentados en el despacho presidencial del Banco Nacional de Cuba. En aquella entrevista efectuada en horas de la madrugada con el joven guerrillero que devendría uno de los iconos de la liberación tercermundista, Sartre encontró una sorprendente ilustración del culto a la energía que profesaban los líderes del proceso cubano. La juventud estaba en el poder, y ello garantizaba, a los ojos del autor de «El fantasma de Stalin», que la Revolución conservara el momento negativo, eminentemente liberador, de toda auténtica rebelión.

«Vale más no perder una hora en 1960 que vivir en 1970», apuntó en su extenso reportaje *Huracán sobre el azúcar*, publicado originalmente en *France-Soir* y rápidamente traducido a varias lenguas occidentales. Y añadió: «Los jóvenes dirigentes tienen como objetivo realizar la fase actual de la revolución, conducirla hasta la orilla del momento siguiente y suprimirla eliminándose por sí mismos. Conocen su fuerza: saben que la década que comenzó en el año I es suya. En el año X, todo irá mejor todavía». Los hechos lo desmentirían rotundamente. Si en 1960 el filósofo había visto en el abandono del monocultivo por la diversificación agraria y el desarrollo industrial la cifra de una radical superación del pasado subdesarrollado de la Cuba neocolonial, 1969 fue el año del comienzo de la funesta y fracasada «Zafra de los Diez Millones». La nueva fase de la revolución contradecía lo imaginado por Sartre en la misma medida en que se abocaba claramente por el rumbo soviético. Cuando en 1972 Cuba entra en el CAME, ya Sartre y Beauvoir le han retirado públicamente su apoyo: en abril del 71 figuran entre los firmantes de la célebre carta abierta donde un nutrido grupo de renombrados intelectuales de izquierda latinoamericanos y europeos expresan su inquietud por la prisión de Heberto Padilla. Unas semanas más tarde, junto a un número aun mayor de *fellow travelers*, rompen públicamente con el régimen de La Habana en una segunda carta abierta a Fidel Castro. La divulgada auto-crítica del poeta, suerte de parodia tropical de los procesos de Moscú, había hecho seguramente recordar a ambos pensadores marxistas una muy conocida sentencia de «El dieciocho brumario de Luis Bonaparte», manifestando a todas luces que la cubana no era ya «la revolución más original del mundo».